

CERVANTES Y EL  UIJOTE

ACTAS DEL COLOQUIO INTERNACIONAL

Edición de
EMILIO MARTÍNEZ MATA

Alarcos

Cátedra
Emilio Alarcos
Llorach



ARCO/LIBROS, S.L.



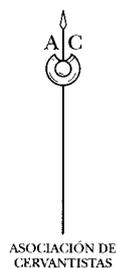
ASOCIACIÓN DE
CERVANTISTAS

«CERVANTES Y EL QUIJOTE.»
ACTAS DEL COLOQUIO INTERNACIONAL

Oviedo, 27-30 de octubre de 2004

ORGANIZADO POR LA CÁTEDRA EMILIO ALARCOS

Edición a cargo de
EMILIO MARTÍNEZ MATA



Organizado por:

Cátedra Emilio Alarcos

Con la colaboración de:

Asociación de Cervantistas

y el patrocinio de:

Viceconsejería de Ciencia y Tecnología

Dirección General de Cultura del Principado de Asturias

Ayuntamiento de Oviedo

Vicerrectorado de Extensión Universitaria

Vicerrectorado de Investigación y Relaciones con la Empresa

Fundación Universidad de Oviedo

CajAstur

© Cátedra Emilio Alarcos

© Editorial Arco/Libros, S. L., 2007

Juan Bautista de Toledo, 28. 28002 Madrid

ISBN: 978-84-7635-673-9

Depósito Legal: M-4.255-2007

Printed in Spain - Impreso por Lavel, S. A. (Madrid)

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Presentación	9
I. CERVANTES	
JEAN CANAVAGGIO: <i>Los puntos controvertidos de la vida de Cervantes</i>	13
II. EL QUIJOTE	
JOSÉ MARÍA MERINO: <i>El narrador del Quijote y la voz de la novela</i>	33
ANTHONY CLOSE: <i>La construcción de los personajes de don Quijote y Sancho</i> ...	39
MARY MALCOLM GAYLORD: <i>La Arcadia nuevamente inventada del «Quijote» de 1605</i>	55
ANTHONY N. ZAHAREAS: <i>El «Quijote», 1605-1615: la reciprocidad entre burlas y locuras</i>	69
CHRISTOPH STROSETZKI: <i>Periodo de prueba y pasatiempo en el «Quijote»</i>	89
JESÚS G. MAESTRO: <i>De la teatralidad en el «Quijote». Sancho en Barataria o la subversión de la preceptiva sobre lo cómico</i>	97
RACHEL SCHMIDT: <i>«Leyendo otros que sean luz de alma»: El «Quijote» y la literatura del «ars moriendi»</i>	113
CARLOS ROMERO MUÑOZ: <i>De «asno / jumento» a «asno / jumento / rucio» en el primer «Quijote»</i>	125
BÉNEDICTE TORRES: <i>Amor y religión en el «Quijote»: Zoraida y Ana Félix</i>	147
MARÍA ANTONIA GARCÉS: <i>«Señora de nuestra libertad»: Cuerpos y fronteras en «La historia del Cautivo (Don Quijote I, 37-41)»</i>	161
RODOLFO CARDONA: <i>La paradoja de Russell y el «Quijote»</i>	173
ROSTISLAO PAZUKHIN: <i>Los curiosos impertinentes en la realidad española del siglo XVI</i>	179
III. RECEPCIÓN E INFLUENCIA DEL QUIJOTE	
EMILIO MARTÍNEZ MATA: <i>El cambio de interpretación del «Quijote»: de libro de caballerías burlesco a obra clásica</i>	197

FRANCISCO GONZÁLEZ: <i>Filleau de Saint-Martin, autor del «Quijote»: tras los pasos del traductor cautivo</i>	215
MARÍA JOSÉ ÁLVAREZ FAEDO: <i>Lord Carteret y Cervantes: análisis del contexto socio-histórico que propició la primera iniciativa inglesa de editar el «Quijote» en español y ofrecer una biografía de su autor</i>	227
CRISTINA VALDÉS: <i>La imagen de don Quijote en las traducciones inglesas del siglo XVIII</i>	239
JOSÉ MONTERO REGUERA: <i>Un «Don Quixote» con comentario</i>	249
ESTHER ORTAS DURAND: <i>«Rambles in the Footsteps of Don Quixote (1837)», de Henry David Inglis: un episodio singular de la recepción e interpretación de Cervantes</i>	261
ANE GAMECHOGOICOECHEA LLOPIS: <i>La lectura española del «Quijote» en el siglo XVII: recepción de la obra y primeras ediciones ilustradas en España</i>	275
BEATRIZ MARTÍNEZ DEL FRESNO: <i>El «Quijote» en la danza europea</i>	287
COVADONGA LAMAR PRIETO: <i>Los viajes a Indias en el «Quijote»</i>	301
CELIA NAVARRO FLORES: <i>Portinari y Drummond: dos interpretaciones del «Quijote» de Cervantes</i>	311
CARMEN RIVERO IGLESIAS: <i>Hoffmann, Galdós y Keller: tres homenajes a Cervantes del siglo XIX</i>	319
ROSARIO HERNÁNDEZ CATALÁN: <i>Sobre la utilidad y perjuicios de la historia para la vida: diálogo entre Cervantes, Nietzsche y Thomas Mann a la vista de los rascacielos de Manhattan</i>	331
MIGUEL ALARCOS MARTÍNEZ: <i>Materiales cervantinos del «Quijote» en la poesía de Blas de Otero: ¿lectura poética cervantista o quijotista?</i>	337
SANTIAGO LÓPEZ NAVIA: <i>«Ladrones de tinta», de Alfonso Mateo-Sagasta (2004). La presencia de Cervantes y la crítica del «Quijote» de 1605</i>	355

IV. EL QUIJOTE DE AVELLANEDA

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ: <i>Cervantes, Pasamonte y el «Quijote» de Avellaneda</i>	371
--	-----

IV
EL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA

CERVANTES, PASAMONTE Y EL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ
Universidad de Valladolid

Es muy posible que lo que voy a exponer resulte sorprendente, y que sea difícil de asimilar, pues me propongo mostrar, en primer lugar, que el propio Cervantes identificaba a Avellaneda con Jerónimo de Pasamonte, y, en segundo lugar, que toda la segunda parte del *Quijote* de Cervantes constituye una imitación meliorativa, correctiva o satírica del *Quijote* de Avellaneda. Y comentaré además el hallazgo de un documento que indica que Jerónimo de Pasamonte ingresó como fraile bernardo en el zaragozano Monasterio de Piedra, donde seguramente escribió el *Quijote* apócrifo.

El misterio sobre la identidad de Avellaneda no se habría podido resolver antes de la divulgación de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. El manuscrito de esta autobiografía permaneció inédito en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele de Nápoles hasta 1922, año en que Foulché-Delbosc la publicó en la *Revue Hispanique*. Antes de que esta obra se conociera mediante su publicación, habría sido imposible averiguar la identidad de Avellaneda, ya que Jerónimo de Pasamonte era una persona desconocida. Y aún hoy en día no se presta a la *Vida* de Pasamonte la debida atención, a pesar de que en ella se encuentran las claves que permiten ratificar la identidad de Avellaneda. Como es sabido, Martín de Riquer comparó la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda, y encontró varias coincidencias e indicios que indicaban que ambas obras pertenecían al mismo autor (Riquer, 1988). Contra la hipótesis de Riquer, no obstante, se han levantado algunas objeciones, entre las que destacan las de quienes consideran, como Luis Gómez Canseco en su interesante edición del *Quijote* apócrifo, que Avellaneda debía ser una persona cercana al círculo de amistades de Lope de Vega. Sin embargo, y aunque generalmente se ha supuesto que Avellaneda había de ser amigo del Fénix, lo cierto es que los datos sobre Lope de Vega que figuran en el *Quijote* apócrifo no permiten sustentar esa creencia. En efecto, Avellaneda alabó la faceta pública de Lope de Vega como exitoso autor de comedias, y se refirió de manera elogiosa a algunas de sus obras publicadas, lo que podría haber hecho cualquier persona que conociera las obras impresas de Lope. Y aparte de eso, Avellaneda se limitó a comentar la envidia que

Lope provocaba y a mencionar su condición de familiar del Santo Oficio. Y cabe resaltar que estos datos eran, precisamente, los que figuraban en las obras publicadas de Lope, quien se había referido a la envidia que supuestamente despertaba en los preliminares de *La Arcadia* (1598), en los que incluyó el lema “Quid Humilitate Invidia?”, y en los de *El peregrino en su patria* (1604), donde realizó varias referencias a los autores envidiosos de su fama e insertó un grabado de la envidia y un retrato suyo con sendos lemas alusivos a la misma (Avalle: 19, 43). Y en la portada de la *Jerusalén conquistada* (1609) constaba que había sido escrita por “Lope Felis de Vega Carpio Familiar del Santo Oficio de la Inquisición”. Por ello, Avellaneda no muestra ser amigo del Fénix ni conocer ningún dato de su vida privada; antes al contrario, lo único que comenta sobre Lope son los datos que figuraban en las obras que éste había publicado, por lo que le pudo bastar con leer dichas obras para realizar sus comentarios sobre la envidia y su condición de familiar del Santo Oficio.

Por otra parte, José Luis Pérez López ha sostenido recientemente en un sugerente trabajo que los preliminares del *Quijote* apócrifo fueron escritos por un amigo de Lope de Vega, Baltasar Elisio de Medinilla (1585-1620), el cual se había encargado de editar en 1609 la *Jerusalén conquistada*, de Lope, y había incluido en sus preliminares un elogio del Fénix y un retrato del mismo. Como revela Pérez López, Cervantes se burla de Medinilla en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, editadas en 1613, al decir que él también podría acudir a un amigo que incluyera un retrato suyo y un elogio. Y como Avellaneda dice en su prólogo que Cervantes les había ofendido a él mismo y a Lope de Vega, Pérez López concluye que es Medinilla quien se queja de esa ofensa en el prólogo del *Quijote* apócrifo publicado en 1614 (62).

Pero Pérez López no tiene en cuenta un aspecto que invalida su argumentación: y es que el *Quijote* apócrifo circuló en forma de manuscrito antes de que Cervantes publicara las *Novelas ejemplares*, y dicho manuscrito ya llevaba un prólogo en el que Avellaneda se quejaba de la ofensa de Cervantes. Por lo tanto, esa ofensa no pudo ser la burla de Medinilla que figuraba en las *Novelas ejemplares*, sino que Avellaneda se refiere a una ofensa anterior: la que Cervantes realizó de Jerónimo de Pasamonte y de Lope de Vega en la primera parte del *Quijote*, publicada en 1605, en la que había satirizado a Ginés de Pasamonte y había atacado al Fénix en el prólogo y en la conversación entre el cura y el canónigo. Por lo demás, y dado que Medinilla era toledano, Pérez López se ve obligado a minimizar, como han hecho todos los que han propuesto un candidato no aragonés como autor del *Quijote* apócrifo, el hecho de que Cervantes indicara por cuatro veces y de manera indubitable que Avellaneda era aragonés (Martín, 2004: 84-87).

En suma, las alegaciones formuladas en modo alguno rebaten la hipótesis de Riquer, y creo haber encontrado pruebas fehacientes que la ratifican. En un libro de 2001, titulado *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca*, traté de confirmar esa hipóte-

sis, aduciendo nuevos argumentos que la consolidan, y expliqué además que Cervantes se sirvió del *Quijote* de Pasamonte para componer la segunda parte de su *Quijote*. Y en otro libro de mi autoría que está en al imprenta a punto de salir, titulado *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, he sintetizado mis conclusiones anteriores y las he ampliado con otros nuevos y reveladores datos, mostrando además que Cervantes ya conocía el manuscrito del *Quijote* apócrifo antes de escribir el entremés de *La guarda cuidadosa*, *El coloquio de los perros* o el *Viaje del Parnaso*, ya que su influencia es claramente perceptible en esas obras. Sintetizo a continuación mis conclusiones.

Jerónimo de Pasamonte nació en 1553 en la localidad zaragozana de Ibdes, y en su juventud fue compañero de milicias de Cervantes. Ambos formaban parte del mismo tercio cuando participaron en 1571 en la batalla de Lepanto. Militando ya en tercios distintos, participaron en 1572 en la jornada de Navarino, y en 1573 en la conquista de Túnez. Tras esta acción, la compañía de Cervantes fue a invernar a Cerdeña, y la de Pasamonte se quedó en la tunecina plaza de La Goleta. En 1574, los turcos reconquistaron La Goleta, y Pasamonte fue aprisionado, sufriendo un largo y penoso cautiverio de dieciocho años, parte del cual pasó remando como galeote en las galeras turcas. Al ser liberado, Pasamonte regresó a España, y en 1593 hizo correr en Madrid un manuscrito de carácter autobiográfico titulado *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en el que exponía el voto que hizo en su temprana juventud de ingresar en un convento cisterciense de frailes bernardos, los episodios militares en los que había participado y los sufrimientos padecidos en su largo cautiverio.

Cuando Cervantes leyó el manuscrito de la *Vida* de Pasamonte, pudo comprobar que el aragonés trataba de usurparle su comportamiento heroico en Lepanto. Como es sabido, Cervantes se encontraba enfermo de calentura cuando participó en esa batalla, por lo que su capitán le pidió que permaneciese en la cámara de la galera con los enfermos, pero él se empeñó en pelear en el lugar del esquiife, recibiendo varias heridas. El comportamiento heroico de Cervantes era bien conocido entre sus compañeros, y Pasamonte formaba parte de su mismo tercio cuando se produjo la batalla de Lepanto. Pues bien, al explicar los episodios militares en los que había participado en su juventud, Pasamonte apenas decía nada sobre la batalla de Lepanto, pero se adjudicó un comportamiento heroico idéntico al de Cervantes al describir la toma de La Goleta (en la que no hubo auténtica batalla debido a la huida del enemigo, asustado tras la derrota de Lepanto), ya que se pintaba como un enfermo de calentura que, desoyendo el consejo de su capitán, quiso lanzarse al esquiife a pelear. Tras leer la *Vida* de Pasamonte y comprobar que su autor trataba de adjudicarse su comportamiento heroico, Cervantes lo retrató despiadadamente en la primera parte del *Quijote* bajo la figura de Ginés de Pasamonte, convirtiendo al desdichado galeote de los turcos en un galeote condenado por sus múltiples delitos a las galeras reales en España. Pero además, Cervantes decidió realizar una imitación meliorativa de

la *Vida* de Jerónimo de Pasamonte al escribir la novela del *Capitán cautivo*, inserta en la primera parte del *Quijote*. Para ello, Cervantes hizo que su Capitán cautivo experimentara varios sucesos idénticos a los que vivió el aragonés, dándole así a entender que se estaba sirviendo de su obra (Martín, 2001: 74-92; 2004: 53-69).

Pasamonte, por su parte, al no encontrar sustento en España, había regresado a Italia en 1595, donde prosiguió escribiendo su autobiografía. En esta segunda parte de su obra explicaba que, no pudiendo ingresar en la Iglesia, se vio obligado a servir como soldado en el reino de Nápoles, y que experimentó una serie de visiones alucinatorias en las que se le aparecían seres infernales, a los que trataba de ahuyentar por medio de conjuros. En 1603 dio fin a su obra, incluyendo al final de la misma algunas disquisiciones teológicas sobre el tema de la “permisión divina” y los tipos de tentaciones del demonio, y a finales de enero de 1605 le añadió dos dedicatorias, en una de las cuales explicaba que, a pesar de haber obtenido la licencia de impresión, no pensaba dar a la stampa su obra. Esa decisión seguramente se debió a que muy poco antes se había publicado el *Quijote* cervantino, en el que Jerónimo de Pasamonte aparecía cruelmente satirizado bajo la apariencia de Ginés de Pasamonte. Además, Jerónimo de Pasamonte comprobó que Cervantes, al escribir la *Novela del Capitán cautivo*, había realizado una imitación de los episodios militares descritos en su *Vida*. Viéndose imposibilitado de darse a conocer mediante la publicación de su obra para no ser identificado con el vilipendiado galeote cervantino, autor asimismo de una autobiografía, Jerónimo de Pasamonte decidió llevar a cabo su venganza imitando a su imitador, ocultándose bajo el falso nombre de Avellaneda para quitar a Cervantes las ganancias de la segunda parte del *Quijote*.

En el prólogo de su obra, Avellaneda daba a entender los dos motivos fundamentales por los que la había escrito. En primer lugar, afirma que Cervantes había compuesto su obra “con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron” (2000: prólogo, 196). Con esas “fieles relaciones” sin duda se alude a las relaciones militares que figuraban en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, y al especificar que llegaron a la mano de Cervantes, se da a entender que esa obra había circulado en forma de manuscrito que pasaba de mano en mano. Y si Avellaneda dice que Cervantes las había copiado, es debido a que, efectivamente, había realizado una imitación meliorativa de las mismas al escribir la *Novela del Capitán cautivo* inserta en la primera parte del *Quijote*. En segundo lugar, Avellaneda da a entender que ha sido ofendido por medio de “sinónomos voluntarios”, en clara referencia a los nombres de Ginés de Pasamonte y de Ginesillo de Parapilla o Paropillo que se adjudicaban al galeote. De ahí que Avellaneda, por haber sido imitado y ofendido, se considerara autorizado a proseguir la historia de don Quijote.

Y en el soneto preliminar, atribuido a un tal Pero Fernández, Avellaneda dejó otro claro indicio de su identidad. Conviene destacar la importancia de los dos últimos versos del soneto de Pero Fernández: “...que

el que correr quisiere tan al trote, / non puede haber mejor solaz de vida". Fernando García Salinero, en su edición del *Quijote* de Avellaneda, se pregunta "quién es el personaje quijotesco *que correr quisiere tan al trote*" (56, nota 23). Pues bien, en la segunda edición del *Quijote* de Juan de la Cuesta, publicada en 1605, figuraban unos pasajes que explicaban el robo y la recuperación del rucio de Sancho por parte de Ginés de Pasamonte, y éste era pintado como un cobarde en el segundo de esos pasajes, ya que salía corriendo cuando se encontraba con Sancho, lo que se describía de la siguiente forma: "...saltó Ginés, y, tomando un *trote que parecía carrera*, en un punto se ausentó y alejó de todos" (I, 30, 244, nota). Así pues, los términos del soneto de Pero Fernández ("el que *correr quisiere tan al trote*") aluden claramente a la forma en que era descrito Ginés de Pasamonte por Cervantes ("tomando un *trote que parecía carrera*"). De esta forma, Avellaneda da a entender que va a responder a Cervantes por haber denigrado a Ginés de Pasamonte, lo que supone otro claro indicio sobre su verdadera identidad.

La comparación entre el *Quijote* apócrifo y la *Vida* de Pasamonte permite ratificar que ambas obras pertenecen al mismo autor, ya que no solo abundan en ellas las expresiones y los usos lingüísticos similares, sino que Avellaneda reproduce varias de las experiencias vitales descritas en la autobiografía del aragonés y consume literariamente sus anhelos (Martín, 2001: 116-140; 2004: 93-112). Por otra parte, Avellaneda se valió del recurso cervantino de los "sinónomos voluntarios" para dejar en su obra claros indicios sobre su verdadera identidad, incluyendo al soldado Antonio de Bracamonte y al autor de la compañía de comediantes en representación de sí mismo. Así, *Antonio de Bracamonte* y *Jerónimo de Pasamonte* no solo tienen un apellido muy parecido (e incluso varias letras coincidentes en sus nombres de pila), sino que presentan otros rasgos que los relacionan indudablemente, mientras que Avellaneda se sirve del sentido anfibológico del término *autor*, que en la época se asignaba a los directores de las compañías teatrales, para representarse a sí mismo como autor de la obra a través del autor de la compañía de comediantes, en cuyos rasgos físicos, que coinciden con los de Pasamonte, insiste de forma reiterativa (Martín, 2001: 142-159; 2004: 113-124).

Avellaneda concluyó su obra en una fecha posterior al 29 de mayo de 1610, ya que en el párrafo inicial de la misma menciona la expulsión de los moriscos agarenos de Aragón, ocurrida en esa fecha, y la hizo circular en forma de manuscritos antes de que fuera publicada en la segunda mitad de 1614. De hecho, los participantes en unos certámenes poéticos que se celebraron en Zaragoza en marzo de 1613 muestran conocer el *Quijote* apócrifo, lo que indica que circuló en manuscritos antes de ser impreso (Martín, 2001: 45-50). Y aunque generalmente se ha creído que Cervantes solo conoció la obra de Avellaneda cuando fue publicada, en un momento en el que llevaba avanzada la composición de la segunda parte de su propio *Quijote*, lo cierto es que conoció mucho antes el manuscrito de la obra apócrifa.

Cuando Cervantes leyó el manuscrito de Avellaneda, identificó fácilmente a su autor, ya que sabía muy bien a quien había ofendido e imitado en la primera parte del *Quijote*, y pudo reconocer a Pasamonte a través de sus “sinónomos voluntarios”. Y para demostrar al aragonés que lo había identificado, Cervantes realizó en varias de sus obras frecuentes alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo, dando así a entender que pertenecían al mismo autor.

La influencia del *Quijote* apócrifo y de la *Vida* de Pasamonte se deja ya sentir en el entremés cervantino de *La guarda cuidadosa*, el cual fue publicado en el tomo de las *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados* de 1615, pero lleva la fecha interna de 6 de mayo de 1611, que seguramente corresponde al momento en el que fue escrito. La influencia de Avellaneda es también patente en *El coloquio de los perros*, compuesto antes del 2 de julio de 1612 (fecha de la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*), y en el *Viaje del Parnaso*, cuya parte versificada fue compuesta antes de julio de 1613. Tal y como explico con mayor detalle en el libro que está a punto de salir (2004: 143-173), Cervantes intercaló en esas obras continuas alusiones a los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* de Avellaneda, insinuando así claramente que habían sido compuestos por la misma persona. Baste decir aquí que, en *La guarda cuidadosa*, Cervantes incluye un soldado que envía un memorial al rey, al cual se le otorga un misérrimo valor, en lo que representa una clara burla del hecho de que la *Vida* de Pasamonte se originara como un memorial dirigido al rey, y que en la letra que cierra la pieza se reproducen literalmente varios términos del prólogo de Avellaneda; que en *El coloquio de los perros* Cervantes alude una y otra vez a los episodios del *Quijote* apócrifo y se burla de los conjuros y de las disquisiciones teológicas de la *Vida* de Pasamonte, calcando literalmente algunas de sus expresiones, o que, en el capítulo VIII del *Viaje del Parnaso*, Cervantes alude a Pasamonte como autor del *Quijote* apócrifo a través del personaje de Promontorio, soldado napolitano cuyo nombre presenta una clara analogía fonética y semántica con el de Pasamonte, que también sirvió como soldado en Nápoles. Promontorio se llega a Cervantes “disimulado”, como Avellaneda había disimulado su verdadero nombre, y se le presenta como “hijo” de Cervantes, al que denomina “padre”, y no porque el tal Promontorio fuera un supuesto hijo real que habría tenido Cervantes en esa ciudad, sino porque la persona a la que representa, Jerónimo de Pasamonte, se había comportado como “hijo” de Cervantes al proseguir la historia de don Quijote.

Así pues, la réplica de Cervantes al manuscrito del *Quijote* apócrifo comenzó en obras anteriores a la segunda parte de su *Quijote*, en las cuales, al alternar las alusiones y los calcos literales del *Quijote* apócrifo y de la *Vida* de Pasamonte, dejó claro que identificaba al aragonés con Avellaneda. Pero fue en la segunda parte de su *Quijote* donde Cervantes decidió dar una respuesta más directa a su rival. Para ello, siguió la estrategia de Mateo Alemán, cuya *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, publicada

en 1599, había sido objeto de continuación por parte de un plagiarlo, el cual, firmando con el falso nombre de “Mateo Luján de Sayavedra” y fingiendo ser “natural vecino de Sevilla”, publicó en 1602 la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. En 1604, Alemán dio su réplica al impostor, publicando la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, de la que se decía que había sido compuesta “Por Mateo Alemán, su verdadero autor”. Y en el prólogo de esta obra, Alemán explicaba abiertamente que había decidido servirse de la obra de su rival para componer la suya: “En lo mismo le pago siguiéndolo. Sólo nos diferenciamos en haber hecho él segunda de mi primera y yo en imitar su segunda. Y lo haré a la tercera, si quisiere de mano hacer el envite, que se lo habré de querer por fuerza...” (2001: 224). Cervantes, que conocía perfectamente el caso de Alemán y había leído atentamente sus prólogos (Porqueras: 122-123), decidió hacer exactamente lo mismo que él, sirviéndose de la obra de su rival para construir la suya. Pero a diferencia de Alemán, decidió no indicar que estaba imitando a Avellaneda, seguramente porque su obra, contrariamente a la de Mateo Luján de Sayavedra, no había obtenido el privilegio de la impresión, y Cervantes no se vio en la obligación de mencionarla, evitando así que el manuscrito de su rival cobrara renombre a su costa.

La imitación cervantina ya había sido advertida por Alain-René Lesage, quien en el prólogo de las *Nouvelles aventures de l'admirable Don Quichotte de la Manche*, de 1704, afirmaba lo siguiente: “Si en estas dos segundas parte se encuentran algunas cosas que tienen entre sí semejanza, es bien fácil de juzgar quién ha copiado a quién; porque Cervantes compuso la suya mucho tiempo después de averse publicado la de Avellaneda” (Fernández de Avellaneda, 1972: Apéndice II, 245). Asimismo, la imitación cervantina también se señalaba en los preliminares de la versión española del *Quijote* de Avellaneda de 1732:

“Es prueba de todo lo dicho la misma segunda parte del *Quixote* de Cervantes, que imita y casi copia la de Avellaneda, con ser así que el mismo Cervantes dize, en el *Viaje del Parnaso*, que cederá a muy pocos en la invención; y que se cree tuvo motivo de pensarlo, y que en ninguna ocasión estuvo en su ánimo más apartado de ser imitador o copista que en la de componer su segunda parte” (Fernández de Avellaneda, 1972: Apéndice II, 250).

Sin embargo, la Historia de la Literatura, que se desarrolló a lo largo del siglo XIX bajo el influjo del Romanticismo, no advirtió estas apreciaciones sobre el carácter imitativo de la obra cervantina, que fue ensalzada por los autores románticos (Montero, 11-14; Close, CLIII-CLV), a la vez que se denostaba la obra de Avellaneda debido al carácter confesado de su imitación. Por ello, la segunda parte del *Quijote* de Cervantes se ha entendido como una obra autónoma desde los orígenes de la historia de la Literatura, cuando tiene siempre como referencia el *Quijote* de Avellaneda.

En los últimos años se han producido muy valiosas aportaciones sobre la influencia del *Quijote* apócrifo en la segunda parte del *Quijote* cervantino, entre las que cabe destacar las de Nicolás Marín, Albert Sicroff y Carlos Romero Muñoz (1990, 1991, 1993, 1996, 1998, 2001), así como las de Luis Gómez Canseco en su edición del *Quijote* de Avellaneda. Por mi parte, creo haber mostrado que la imitación de Cervantes comienza desde el primer párrafo de la segunda parte de su *Quijote* y continúa ininterrumpidamente hasta el final de la obra, afectando a todos y cada uno de sus episodios (Martín, 2001: 193-421; 2004: 175-258).

El *Quijote* de Avellaneda comenzaba así:

“*El sabio Alisolán*, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la *tercera salida* que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha para ir a una justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera:

Después de haber sido llevado don Quijote por el cura y el barbero y la hermosa Dorotea a su lugar en una jaula, con Sancho Panza, su escudero, fue metido en un aposento con una gruesa y pesada cadena al pie, adonde, no con pequeño regalo de pistos y cosas conservativas y sustanciales, le volvieron poco a poco a su natural juicio” (Fernández de Avellaneda, 2000: 1, 207-208).

Y Cervantes empezó así su segunda parte:

“*Cuenta Cide Hamete Benengeli*, en la segunda parte desta historia y *tercera salida* de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovar y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían, con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia, en su último capítulo” (II, I, 327).

La frase que inicia la segunda parte del *Quijote* cervantino (“*Cuenta Cide Hamete Benengeli* [...] que...”.) remeda la de la obra de Avellaneda (“*El sabio Alisolán* [...] dice que...”). Si al don Quijote de Avellaneda le curan con “regalo” de “cosas conservativas y sustanciales”, al cervantino también tratan de “regalarle” con “cosas confortativas y apropiadas”, y si al primero “le volvieron poco a poco a su natural juicio”, el segundo da “muestras de estar en su entero juicio”. Avellaneda se refiere a la “tercera salida” de don Quijote, y lo mismo hace Cervantes, quien denomina “segunda parte” a su historia, invalidando la división en cuatro partes que él mismo había

realizado en la primera parte del *Quijote*, para desautorizar a Avellaneda, el cual, continuando la división cervantina, había escrito la quinta parte de la historia de don Quijote. Avellaneda indicaba que don Quijote había “sido llevado [...] a su lugar en una jaula”, y Cervantes se refiere al mismo asunto al recordar que a don Quijote le habían “traído encantado en el carro de los bueyes”. Y al igual que Avellaneda, Cervantes enlaza el comienzo de su segunda parte con el final de la primera, haciendo ver que la suya es la verdadera.

Las referencias al *Quijote* apócrifo se suceden después sin interrupción hasta el final de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes. Así, las conversaciones de los primeros siete capítulos están llenas de alusiones al *Quijote* apócrifo. Lo primero que hace el don Quijote cervantino al salir de su pueblo es ir a visitar a Dulcinea, y lo hace para distinguirse del “Caballero Desamorado” de Avellaneda, que había repudiado a Dulcinea. Don Quijote se cruza después con los comediantes que vienen de representar el *Auto Sacramental de las Cortes de la Muerte* de Lope de Vega, de igual manera que el caballero de Avellaneda se había encontrado con una compañía de comediantes que representaban *El testimonio vengado del Fénix*. La conversación de los escuderos en el episodio cervantino del Caballero del Bosque es un claro remedo burlesco del episodio del *Quijote* apócrifo en el que el Sancho avellanedesco se enfrentaba al escudero de Bramidán de Tajayunque. A través del Caballero del Verde Gabán, Cervantes se burla de las cualidades que Pasamonte se atribuía en su *Vida*, y en el episodio de las bodas de Camacho se mofa de la devoción por los santos que decía sentir el aragonés, convirtiendo en protagonistas de un suceso amoroso a dos personajes, Basilio y Quiteria, formados a partir de las vidas de San Basilio y Santa Quiteria, recogidas en el *Flos sanctorum*, libro que leía y elogiaba el don Quijote avellanedesco. Cervantes hace que don Quijote baje a la cueva Montesinos porque el don Quijote de Avellaneda se había referido a la leyenda de Montesinos en uno de sus discursos. El episodio del barco encantado es un remedo del pasaje avellanedesco de la venta cercana a Alcalá. Los sucesos que tienen lugar en la casa de los duques, que se divierten con la conversación de Sancho y don Quijote y les someten a una serie de burlas, son un claro trasunto de lo que ocurría en la corte madrileña al don Quijote y al Sancho avellanedescos, que servían asimismo de diversión a los nobles, quienes ingeniaban burlas semejantes. Don Quijote desafía después en el episodio de la Arcadia a quienes nieguen la belleza insuperable de las pastoras, al igual que el don Quijote de Avellaneda retaba en Sigüenza a quienes no reconocieran la belleza de la reina Zenobia. En la estancia de don Quijote en Barcelona, Cervantes remeda lo que le había ocurrido al don Quijote de Avellaneda en Zaragoza. Y el don Quijote cervantino recupera finalmente la razón, igual que le había ocurrido al avellanedesco (Martín, 2001: 211-421; 2004: 175-258).

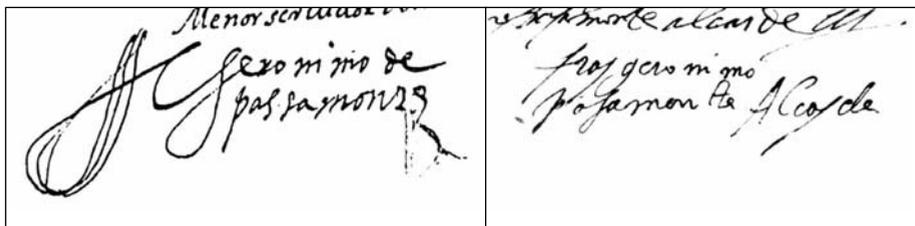
Por otra parte, Cervantes realiza frecuentes alusiones burlescas al manuscrito de la autobiografía de Pasamonte, sugiriendo así, como ya ha-

bía hecho en otras obras anteriores, que los dos manuscritos habían sido escritos por el mismo autor. Además, Cervantes vuelve a incluir a Ginés de Pasamonte, aunque ahora lo disfraza de maese Pedro para dar a entender que Jerónimo de Pasamonte se había disfrazado de Avellaneda. De hecho, el episodio de maese Pedro constituye una auténtica revelación sobre la identidad del autor del *Quijote* apócrifo, pues Cervantes hace que maese Pedro protagonice un suceso muy similar al que ocurría en la venta cercana a Alcalá en la obra de Avellaneda. En dicho episodio, el autor de la compañía de comediantes dirigía la representación de *El testimonio vengado*, de Lope de Vega, la cual era interrumpida por don Quijote. Y maese Pedro dirige un retablo que supone una burla del *Entremés de Melisendra*, de Lope de Vega (Percas, 2003: 71 y ss.), cuya representación también es interrumpida por el don Quijote cervantino. Por ello, maese Pedro ejerce en la obra de Cervantes un papel correlativo al del autor de la compañía de comediantes avellanedesco, el cual, como se ha indicado, figuraba en la obra como un “sinónimo voluntario” de su verdadero autor. Por eso mismo, Cervantes revelaba al final del episodio que maese Pedro era en realidad Ginés de Pasamonte, haciendo ver a su rival que había comprendido perfectamente su juego con los “sinónomos voluntarios” de sí mismo, y que lo identificaba con Avellaneda.

Cuando Cervantes llevaba avanzada la redacción de su segunda parte, supo que el *Quijote* de Avellaneda había sido publicado, adquiriendo una categoría más preocupante, por lo que decidió referirse a él expresamente para criticarlo, lo que hizo en el capítulo 59. Y en el momento en el que menciona por primera vez el libro apócrifo, Cervantes proporciona otro claro indicio sobre la identidad de su autor, ya que el personaje que entrega el libro a don Quijote se llama, precisamente, don *Jerónimo*, el cual puede ser considerado otro “sinónimo voluntario” de Jerónimo de Pasamonte. De esta manera, a través de los personajes de don *Jerónimo* y de Ginés *de Pasamonte*, Cervantes dejaba indicados en su obra el nombre y el apellido de su rival.

Por último, me gustaría comentar un hallazgo de Joaquín Melendo Pomareta (2001, 2002), quien ha encontrado en el Archivo Histórico Nacional de Madrid unos documentos relacionados con el zaragozano Monasterio de Piedra que pueden arrojar nueva luz sobre los últimos días de Jerónimo de Pasamonte. Hasta ahora, solo conocíamos de Pasamonte lo que él mismo narraba en su *Vida*, que dio por finalizada en 1605, cuando, encontrándose en Italia, firmó de su propia mano las dedicatorias de la misma. Por ello, desconocíamos si Pasamonte había regresado después a España. Pues bien, Joaquín Melendo Pomareta ha dado a conocer un documento escrito y firmado entre 1622 y 1626 por fray Jerónimo Pasamonte, siendo monje cisterciense del Monasterio de Piedra y alcaide de la villa de Carenas, la cual dependía de dicho monasterio (Archivo Histórico Nacional de Madrid, *Clero, Piedra*, Libro 18. 642, folio 3). La firma de este documento presenta evidentes similitudes con las tres

firmas autógrafas de Jerónimo de Pasamonte que aparecen en el manuscrito de su *Vida*, conservado en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele III de Nápoles.



A la izquierda, una de las tres firmas del manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, estampada el 26 de enero de 1605.
A la derecha, firma de fray Jerónimo Pasamonte Alcayde, realizada entre 1622 y 1626.

Por mi parte, y tras recibir la documentación que amablemente me ha facilitado Joaquín Melendo, he solicitado un informe a expertos en caligrafía de la época. Irene Ruiz Albi y José Manuel Ruiz Asencio, profesora y catedrático de Paleografía y Diplomática de la Universidad de Valladolid, a quienes agradezco su gentileza, han examinado las firmas, llegando a la conclusión de que, a pesar del tiempo que las separan, hay en ellas varios indicios que permiten pensar razonablemente que pertenecen a la misma persona. Entre 1622 y 1626, periodo al que pertenece la firma de fray Jerónimo Pasamonte Alcayde, el autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* tendría entre 69 y 73 años. Todo indica, en consecuencia, que Jerónimo de Pasamonte regresó a España en una fecha posterior a 1605, y que ingresó como fraile bernardo en el cisterciense Monasterio de Piedra, donde seguramente escribió el *Quijote* apócrifo. Hay que tener en cuenta que el Monasterio de Piedra fue fundado por el tarraconense Monasterio de Poblet y era filial del mismo, y que el *Quijote* apócrifo recibió las licencias de impresión en Tarragona, por lo que los monjes bernardos del Monasterio de Poblet podrían haber mediado para obtener dichas licencias. Por lo demás, Jerónimo de Pasamonte indica en su *Vida* que su familia tenía su enterramiento en el zaragozano Monasterio de Piedra (6), y que, siendo muy joven, hizo el voto de ingresar como “fraile en un monasterio de Bernardos que se llama Veruela” (7), situado al norte de la provincia de Zaragoza, en la falda oriental del Moncayo, cerca de Alcalá de Moncayo y Tarazona. Sin embargo, más adelante explica que, al volver a España tras su cautiverio, mantuvo mayores relaciones con el Monasterio de Piedra, cercano a su localidad natal de Ibdes: “y me fui al monasterio de Bernardos que se llama el Monasterio de Piedra y es muy rico, y teníamos allí nuestro enterramiento. El abad deste monasterio [fray Pedro Luzón] me tuvo allí algunos días con mu-

cho regalo a su mesa” (38). Tras esa estancia en el Monasterio de Piedra, Pasamonte partió a Italia con la intención de ingresar en la Iglesia, pero al no conseguirlo se vio obligado a servir como soldado. Por ello, es muy posible que, tras su experiencia como soldado en Italia, Pasamonte volviera a España y cumpliera su voto juvenil de hacerse fraile bernardo, ingresando en el Monasterio de Piedra.

Desde esta perspectiva, cobra un nuevo sentido el hecho de que Avellaneda, en el primer capítulo del *Quijote* apócrifo, sitúe la acción el 20 de agosto, día de San Bernardo, y el que don Quijote lea a Sancho la vida de San Bernardo, realizando después un encendido elogio del mismo:

“Siéntate [le dice don Quijote a Sancho], y leerte he la vida del santo que hoy, a veinte de agosto, celebra la Iglesia, que es San Bernardo [...].

–Mas [...] lea, y veamos la vida que dice de San Bernardo.

Leyóla el buen hidalgo [...] Acabando don Quijote de leer la vida de San Bernardo, dijo:

–¿Qué te parece, Sancho? ¿Has leído santo que más aficionado fuese a Nuestra Señora que éste? ¿Más devoto en la oración, más tierno en las lágrimas y más humilde en obras y palabras?

–A fe –dicho Sancho– que era un santo de chapa. Yo le quiero tomar por devoto de aquí adelante...” (I, 212-213).

Al parecer, Avellaneda quiso dejar en el primer capítulo de su obra una clara señal de que era un fraile bernardo, lo que indica que Jerónimo de Pasamonte escribió el *Quijote* apócrifo siendo fraile bernardo en el Monasterio de Piedra. Desde hace tiempo, la crítica venía sospechando que Avellaneda debía de ser un fraile, y parece ser que lo fue, aunque no, como se pensó, un fraile dominico, sino un fraile bernardo del Monasterio de Piedra. Así pues, el cerco en torno a Avellaneda se estrecha, pues ahora sabemos que probablemente fue un fraile bernardo, que Jerónimo de Pasamonte seguramente ingresó como fraile bernardo en el Monasterio de Piedra, y que el mismo Cervantes identificaba a Pasamonte con Avellaneda, lo que apenas deja lugar a dudas sobre quién escribió el *Quijote* apócrifo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1973): “Introducción” a Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ed. de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, pp. 9-38.
- CLOSE, Anthony (1998): “Las interpretaciones del *Quijote*”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 2 vols., vol. I, pp. CXLII-CLXV.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso (1972): *Don Quijote de la Mancha* [1614], ed. de Martín de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), 1972, 3 vols.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso (2000): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* [1614], ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva.

- GARCÍA SALINERO, Fernando (1972): "Introducción crítica sobre la obra y su autor" a Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, Madrid, Castalia, pp. 7-37.
- GÓMEZ CANSECO, Luis (2000): "Introducción" a Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de L. Gómez Canseco, cit., pp. 7-138.
- MARÍN, Nicolás (1988): "Reconocimiento y expiación: Don Juan, Don Jerónimo, Don Álvaro, Don Quijote", en Nicolás Marín, *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. póstuma de Agustín de la Granja, Granada, Universidad de Granada, pp. 249-271.
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2001): *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y «Avellaneda»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos (artículo-resena sobre este libro: Helena Percas de Ponseti, "Un misterio dilucidado: Pasamonte fue Avellaneda", en *Cervantes*, 22. 1, 2002, pp. 127-154).
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2004): *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (en prensa): "Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros*", en *Cervantes. Bulletin of The Cervantes Society of America*.
- MELENDO POMARETA, Joaquín (2001): "¿Murió Jerónimo de Passamonte en Carenas? (I)", en *El Pelado de Ibdes* (revista local editada por la Asociación Cultural Amigos Villa de Ibdes), 20, agosto, pp. 14-15.
- MELENDO POMARETA, Joaquín (2002): "¿Murió Jerónimo de Passamonte en Carenas? (y II)", en *El Pelado de Ibdes* (revista local editada por la Asociación Cultural Amigos Villa de Ibdes), 21, abril, pp. 10-11.
- MONTERO REGUERA, José (2001): "Aproximación al *Quijote* decimonónico", en Jean-Pierre Sánchez (coord.), *Lectures d'une oeuvre: «Don Quixotte» de Cervantes*, París, Editions du Temps, pp. 11-24.
- PERCAS DE PONSETI, Helena (2003): "Cervantes y Lope de Vega: Postrimerías de un duelo literario y una hipótesis", en *Cervantes*, 23. 1, pp. 63-115.
- PÉREZ LÓPEZ, José Luis (2002): "Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda", en *Crítica*, 86, pp. 41-71.
- PORQUERAS MAYO, Alberto (2003): "Los prólogos de Cervantes", en Alberto Porqueras Mayo, *Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, pp. 113-125.
- RIQUER, Martín de (1988): *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988 (nueva versión en Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes*, cit., pp. 387-535).
- RIQUER, Martín de (2003): *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acanalado.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos (1990): "Nueva lectura de El retablo de maese Pedro", en *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, pp. 95-130.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos (1991): "La invención de Sansón Carrasco", en *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, pp. 27-69.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos (1993): "Dos libros en el libro. A propósito de un tardío hallazgo cervantino", en *Rassegna Iberistica (Omaggio a Franco Meregalli)*, 46, pp. 99-119.

- ROMERO MUÑOZ, Carlos (1996): "Algo más acerca de la 'anchísima presencia' de Montesinos (*Quijote*, II, 24)", en *Rassegna Iberistica*, 60, pp. 35-36.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos (1998): "Animales inmundos y soeces" (*Quijote* II, 58-58 y 68)", en *Rassegna Iberistica*, 64, pp. 3-24.
- ROMERO MUÑOZ, Carlos (2001): "Los paratextos del *Quijote* de 1615, leídos desde el de 1614", en *L'Acqua era D'oro sotto i ponti. Studi di Iberistica che gli Amici offrono a Manuel Simões*, per le cure di Giuseppe Bellini e Donatella Ferro, Studi di Letteratura Ispano-Americana, Biblioteca della Ricerca, Roma, Bulzoni Editore, pp. 261-278.
- SICROFF, Albert A. (1975): "La segunda muerte de don Quijote como respuesta de Cervantes a Avellaneda", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, 2, pp. 267-291.